

Circos

LOS CABALLITOS

Extrenos y debuts notables.

Por Federico Villoch.

El 17 de Diciembre de 1916 debutó en el teatro Payret, a las ocho y media de la noche, el circo «Santos y Artigas».

Todos los años nos visitan tres Santos que no fallan nunca, y que el público espera con justificada impaciencia; por que sabe que ha de obtener de cada uno de ellos su satisfacción correspondiente. Todos los Santos, Santi Claud, y Santos y Artigas: tres santos, como es sabido, de juventud y de niñez. Todo el que, abuelo o padre, sale a la calle la víspera de Santi Claud a comprarle juguetes a sus hijos o sus nietos, recuerda emocionado aquellos días en que ellos también lo esperaban de los Reyes, todo el que el día de «Todos los Santos» acude a una representación de «Don Juan Tenorio», se engalla unas horas recordando los días en que él también fungía de tal en alguna de las esquinas de su barrio; todo espectador que entra por las puertas de un teatro a ver una función de «caballitos», se siente niño de seis a ocho años; téngase la seguridad de que todos los que están allí ninguno pasa de los quince. Ir a «los caballitos» era la suprema alegría de nuestra infancia, y no olvidamos cuando nuestros padres nos decían: —«Si te portas bien, te llevamos a los caballitos.» — «Si te portas mal, no vas a los caballitos.»

Después de 23 años de continuada y próspera existencia, puede citarse la empresa de los señores Santos y Artigas como uno de los éxitos más notables y definitivos en el ramo de espectáculos públicos, aparte el de la Alhambra, de los señores López y Villoch, que batió el record con su permanencia de 35 años consecutivos. Pocos asuntos como este del «circo de caballitos», tan dentro del corte y modalidad de nuestras viejas postales descoloridas. En alguna anterior nos hemos referido, con el propio calor y desinterés, al circo de Santiago Pubillones; y justo es que le dediquemos hoy un sitio en nuestra colección a los que fueron los más constantes y acertados continuadores del inolvidable «Coronel», que tanto divirtió en su época a nuestros hijos y nietos; y aún a nosotros mismos.

Pero vamos a hacer antes un poco de historia «circense», y desde luego, que sólo nos referiremos a aquellos circos ecuestres que conocimos y visitamos en nuestra más tierna infancia, y de los que, como es consiguiente, sólo conservamos un vago y confuso recuerdo: el Circo de los Hermanos Horrín, el primero de ellos, que estaba, o se instalaba, cuando venía a la Habana procedente de Méjico, donde radicaba, en la esquina de Monte y Cárdenas, donde se fabricó después la casa de Máximo Gómez, casi siempre aquél bajo una carpa nueva y resonante de músicas y gritos. Recordamos allá por el 1879, siendo bastante niño, una función de gala que se dió en el circo de los Hermanos Horrín en homenaje al general americano

21

Mr. Ulises Grant, vencedor en la guerra civil de los Estados Unidos, cuando hizo su visita a la Habana. Cada espectador fué obsequiado con un tabaco ceñido por un anillo que tenía el retrato del heroico general. Grant era de «escasa estatura y abultado rostro», en el que se notaba su excesiva afición a las bebidas alcohólicas. En esta esquina de Monte y Cárdenas levantaba también su carpa, cuando trabajaba en la Habana, el gran «Circo Charini.»

Entonces era costumbre exhibir en los circos ejemplares de salvajes del Africa, la India y otros lugares lejanos y exóticos, y recordamos una pareja matrimonial de malayos, de la que la hembra respondía al nombre de ¡Olalla! Después se exhibieron en un pequeño local al lado del Néctar Soda de San Rafael —donde también se expusieron al público las primeras cocinas de gas— oyéndose desde la calle los gritos del marido que decía algo que sonaba así como ¡Olalla! y que el público atribuía al nombre de la mujer, queriendo decir, tal vez, otra cosa. Así como cuando después del bloqueo, los pillos que se encontraban por la calle una mujer gorda, de poco respeto, le gritaban: — ¡Rova! — por su semejanza con aquel acorazado americano de amplias bordas, cuando se encontraban entonces, con una parda cabezona, despeinada, chata y de pómulos salientes, también le gritaban: — ¡Olalla!

Charini, ya muy viejo, volvió a la Habana allá por el año 1880, instalando su circo en el teatro «Irijoa», después «Martí», donde le ofreció al público entre otros números, «seis elefánticos enanos domesticados», que realizaban ejercicios verdaderamente asombrosos. El primer circo Charini se hallaba establecido en 1865, también en la esquina de Monte y Cárdenas, en una amplia carpa muy vistosa, rodeada de alegres banderines —nos decían los que la alcanzaron a ver y la recordaban— Charini tenía un payaso que decía de él, «que era el inventor de la sopa de ajo», chiste de agua tibia que da la tónica de aquellos tiempos paradisiacos contemporáneos del maríñaque y la bombé, en que nuestros abuelos se reían de cualquier simpleza.

Se recuerda que después el «Circo de los Hermanos Horrín» funcionó en el «Circo Jané», desempeñando en la compañía la plaza de clown, el inolvidable Santiago Pubillones —entonces en los veinte años— y que era además uno de los mejores barristas y acróbatas de su tiempo. Santiago fundó su circo aparte, dando sus primeras funciones en la carpa que se levantaba en los terrenos que eran de su propiedad, detrás del Hotel Plaza. En esta carpa encontraban un asilo muchos artistas ya inutilizados por la vejez; y en las habitaciones interiores, de madera y mampostería, convivían con el propio Pubillones. Cuando ocurrió la muerte de este en 1907, periodistas y amigos tuvimos ocasión de contemplar el más



emocionante de los cuadros: su cadáver era rodeado cariñosamente por aquellos, y muchos lloraban inconsolables la muerte del que más que el empresario, había sido el padre de todos. Esto es muy corriente en las compañías ecuestres; la costumbre de ir y venir de un sitio para otro de continuo, en un ambiente de bohemia y camaradería, acaba por solidarizar a los componentes de aquellas en un grupo familiar que perdura años enteros, contrayendo matrimonios e inseparables amistades. La trágica muerte, por accidente, ocurrida hace poco de una trapecista de la familia Robledillo —Carmelina— ya dió ejemplo de esta hermandad artística...

Cuando Pubillones abrió su circo, acordó con los Horrín que ellos no vendrían a trabajar a la Habana, ni él lo haría a Méjico, lo que le impidió a nuestro público conocer al famoso payaso inglés Bell, que trabajaba en la capital azteca con los Horrín. Muchos años después, Antonio Pubillones, sobrino y sucesor de Santiago, presentó a Bell en Payret; pero ya era una ruina, y el público no pudo apreciar en todo su mérito el arte que tanta fama le había conquistado al notable clown. De los payasos de entonces recordamos a Banasco, a quien tanto distinguía Santiago; y al notable Pito, que tanto hizo reír a los fines del ayer lejano. Santiago Pubillones trabajó también en el circo de Castor Lena, de los más nombrados de aquél tiempo. Los de Loande y Montalvo vieron después y también fueron célebres.

De Santiago Pubillones conserva el postalista un recuerdo «trágico» que citamos en esta postal —y no a humos de paja, ciertamente.— Habiendo tomado nosotros en el Puerto de la Luz, Palmas de gran Canarias, el vapor correo Alfonso XII, que venía de la Habana, para dirigirnos a Cádiz, nos encontramos en dicho correo a Pubillones, que también venía de pasajero procedente de Cuba. A la salida de Canarias —corría el mes de Enero de 1892— azotó al citado vapor correo español un furioso temporal «que venía del estrecho», y que duró tres días, lo que hizo que nuestro trasatlántico, desviándose hacia Portugal, empleara seis en su ruta de Canarias a Cádiz, cuando entonces era lo corriente lo más dos días y medio. Hubo pánico en el Alfonso XII: carreras, llantos de mujeres, rezos, promesas a nuestra Señora del Carmen, la Candelaria, etc., etc.; heridos en el pasaje; durante dos días se comió fiambre en los camarotes, y se interrumpió, en fin, la vida normal de abordo. Pero apesar de todo eso, Santiago Pubillones no abandonó un momento la caseta de fumar del barco, jugando al pocker fuertes cantidades con varios de sus amigos y compañeros de viaje también entusiastas del juego yanqui. Al arribar a puerto, donde esperaba en los muelles una crecida multitud que ya había dado por perdido el barco —ni que soñar entonces con el radio ni la telegrafía sin hilos— el empresario habanero nos confesó, con la mayor tranquilidad, que «no se había dado cuenta de nada.»



Santiago Pubillones —«de haberse dado cuenta»— hubiera dejado a su muerte hasta millones de pesos, porque, y bien que los ganó, en su larga y próspera vida de empresario...

Así en la prensa como en la conversación corriente y en todas partes, no se le llamaba, ni Santiago, ni Pubillones, sino «Coronel»; y lo era en verdad, con todos los entorchados de la simpatía, de la actividad y del acierto. También llenó una buena parte de nuestra historia cubana: **El Coronel Pubillones.**

De los primeros espectáculos de circo, que de la carpa se trasladaron al teatro, recuerdan, los que ya entonces eran descoloridos, y de los que quedan un par de docenas, si acaso —conservados entre algodones— los célebres Rabeles, famosos excéntricos, campanólogos, malabaristas, funámbulos etc. que contaban sus entradas por llenos completos, de donde vino la frase popular, cuando se quería designar un abarrote: «entrada de Rabeles.»

Cuando Santos y Artigas se cansaron de ser agentes de variedades y de películas, se decidieron a probar sus armas como empresarios de circo; y en eso están hace veinte y tres años, desde el 17 de Diciembre de 1916, noche en que debutaron como volatineros en el teatro Payret, ante un numeroso público ávido de novedades.

Los mejores artistas de Santos y Artigas, son los propios Santos y Artigas: hace 23 años que están dando el salto por la vida sin malla, es decir, sin protección de nadie, y todavía no se han caído. El artista es el rey del circo. Su influjo sobre el público es absorbente. Recordamos una noche en que el gran orador, gloria de la tribuna cubana, Don Manuel Sanguily, contemplaba, cayéndosele la baba, como se dice vulgarmente, en compañía de varios amigos, a aquél mago de la cuerda floja que se llamaba Robledillo, hijo, en uno de sus ejercicios más difíciles. Los programas anunciaban que aquella noche se despedía Robledillo de la Habana, por largo tiempo, a causa de que al día siguiente se embarcaba para Europa, en donde una empresa de importancia lo había contratado para trabajar en varios circos de Berlín, París, Londres, San Petersburgo. Sanguily fué a saludar y a despedirse de él, y le dijo: —Usted va al extranjero a honrar a Cuba, su patria, con su arte, porque tanta gloria se conquista diciendo discursos, como trabajando en el alambre tan bien como usted lo hace.

Un amigo nos confiesa que cuando Santos y Artigas instalan su circo aquí en la Habana, de tal modo se siente sugestionado y atraído por ese espectáculo, que cuando se para en una esquina a esperar una guagua, al ver aproximarse la de Santos-Suárez, él lee siempre: Santos y Artigas. Recuerda uno por uno los artistas más nombrados y famosos que se han hecho aplaudir en este circo: Los Hannefort, aquellos ecuestres como otros iguales se han visto pocos veces en un circo; el Caballero Kara, aquél gran malabarista que hacía más prodigios en su arte, que un político del día, cambiando de opiniones; a los célebres hermanos Cadona, que hacían el «vuelo de pájaro», y el último de los que quedaba, al sufrir una caída y verse imposibilitado de seguir ejerciendo su arte, se suicidó en París recientemente; Los Wards, Davenport, Los Rodríguez, Los Arlegs Baghongi, Louise Leer, Hunas. Hougoni, Los Cuatro Readers. Los Machinos, Los Resfenachs, Los Osos Polares de Alber, Los Cuatro Elefantes de Robinson, Las Focas de los Taybor. El Hipódromo de los Monos, Los Tigres de Weedon, Los Castrillons, Los Pi-



5

chiani, Los Costellos, Los Antalets, Ella Rianchi, etc., etc., y de payasos, toda una larga e ilustre estirpe, entre ellos. Pito, Totico, Polidor, Gutiérrez, etc.

Hay opiniones sobre si gusta más el circo, en el teatro o bajo la carpa legendaria. Con respecto a la carpa, no cabe duda que ella le da más sabor y más ambiente que el teatro. El atractivo de la carpa consistía en que veía uno a los artistas más de cerca, que los payasos hablaban con uno mano a mano, y que al cruzarnos por delante los caballos, percibíamos su cálido aliento y nos contagiábamos con el ardor de la carrera. Pero lo que más gustaba a los muchachos callejeros era que se metían por debajo de la carpa, encaramándose en la tertulia a escondidas; y aún tenía la carpa un encanto que sólo conocimos los descoloridos del tiempo viejo: el enorme candilón de petróleo que se balanceaba allá, en lo alto, asido al palo central en que se apoyaba la tienda, junto a una larga cañería con diez o doce alumbradillos de gas, que los «tarugos» tenían que estar apartando continuamente de un lado para otro, con una larga vara, para que pudieran trabajar los trapecios y las argollas. Además, por lo general, las carpas se hallaban en mal estado de conservación, y cuando llovía no faltaban tres o cuatro agujeros o desgarrones que dejaban pasar el agua y la gente huía de estos chorros entre las risas y los silbidos de los demás espectadores.

Uno de los atractivos del «Circo Medrano», de París, estriba en que tiene el techo central cubierto por una inmensa lona, semejante a la de una carpa; lo que le da el aspecto del antiguo y clásico circo. El alumbrado está también, sobre todo en el centro, distribuido al estilo antiguo, y la pista, enarenada y en semicírculo, alrededor de los palcos y las lunetas, acaba por completar la ilusión. Le parece a uno estar en una de aquellas amplias carpas de su infancia, sólo que las paredes exteriores del edificio son de sólida y labrada cante-ria. Medrano es el apellido de un antiguo clown español que hizo en Francia su fortuna.

En cuanto a la estridente charanga con que se amenizan estos espectáculos rompe la monotonía y el silencio del pueblo a que acaba de llegar el circo, tocando en el portal de una de las bodegas de aquel, empieza a gritar entusiasmada la chiquillería: —¡Los Caballitos! ¡Los Caballitos!— y la juventud guajiresca se prepara a devorar con brillantes ojos a las ecuyeres y acróbatas. Del payaso nadie se preocupa, ni lo advierte, porque como va vestido de paisano y suele ser un hombre mal humorado o taciturno, pasa desapercibido.

Hasta los enormes y bien nutridos caballos del circo parece que entran en el pueblo y desfilan por sus calles, con cierto altivo empaque y marcada prosopopeya despreciativa, hacia los infelices y escualidos jameigos y despeluzadas potrancas que prestan sus servicios a los mandaderos y vendedores campesinos, y que, huyendo humildes del estruendo, se guarecen, gacha la cabeza, en los cobertizos de las tiendas...

Hasta los palos del monte
tienen distinta misión;
unos nacen para santos,
y otros para ser carbón.

La llegada a un pueblo de campo del circo Santos y Artigas significa la llegada de la alegría, del entusiasmo, de la novedad. Todos se preparan para recibirlo con el mayor alborozo; y sobre todo, los posadores y fondistas no escatiman gastos para corresponder con los populares empresarios. A este respecto, y para darle fin a esta postal, vamos a referir un caso sucedido que demuestra el crédito de que gozan aquellos en el interior de la isla. Un representante de Santos y Artigas al que llamaremos «El Asturiano», siempre que llegaba a un pueblo, lo primero que hacía, cumpliendo con su deber y sus atribuciones, era prepararle a la troupe el mejor y más comfortable alojamiento. Cierta asiático, de una cierta fonda de un cierto pueblo, apenas lo vio llegar una vez, como de costumbre, mostró su alegría, y sabiendo que la llegada de «El Asturiano» significaba, al día siguiente, la del circo de Santos y Artigas, empezó a darle órdenes a su cocinero muy alegre y a grandes voces, diciéndole:

—¡Oye, Fugensio —el cocinero se llamaba Fulgencio— ya tu sabe: mañana mucho mité con papa, totilla, cane pueco, queso fleco y duse sablo, so pa gente de Santo y Atiga!

Pero —¡ay!— esta vez «El Asturiano», a causa de una pequeña divergencia que había tenido con Santos y Artigas, no representaba a estos, sino a un modesto empresario de segunda fila, al que también vamos a llamar Belarmino, por lo que el representante creyó caso de conciencia advertirle el cambio al entusiasmado chino fondero, diciéndole:

—No, paisano, esta vez no represento a Santos y Artigas, sino a Belarmino...

Al oír lo cual el chino cortó rápido su entusiasmo, gritando:

—¿Belarmino dise tú? ¡Aguanta ahí Fugensio; pa Belarmino, aló con frijole y na má!

(Final de la Serie.)

(Serie final)

John 18/40

TRIMONIO DOCUMENTAL
ARCHIVO DEL HISTORICOR
DE LA HABANA